

LA ESPIRITUALIDAD DEL PEREGRINO AL RECORRER EL CAMINO A SANTIAGO

El peregrino, pienso, es el que sale en busca de una meta determinada. El hombre no nace en la plenitud de su ser. Por eso la llamada a la peregrinación le ayuda a salir hacia metas nuevas y mejores.

Podríamos decir que un peregrino es un soñador realista, porque hay muchos soñadores que se pierden en sus propias fantasías, pero que no se ponen nunca en camino de verdad. En cambio el peregrino por una parte es soñador: desea algo distinto de lo que es y de lo que tiene; pero, por otra parte, es un realista; busca, pregunta, hace lo posible para conseguir realmente lo que desea. Prepara su mochila, estudia los caminos y se pone en marcha, no se queda solo en deseos ineficaces.

Un peregrino es un hombre o una mujer que se arriesga. Se arriesga porque deja todo lo que tiene antes de conseguir lo que busca. Entre el dejar la comodidad de la propia casa y salir de Valcarlos, de Roncesvalles o desde la puerta de su casa y llegar a la meta, hay un tiempo intermedio donde se cumple la condición histórica del hombre, peregrinar.

Tiene que comenzar dejando lo que tiene, antes de alcanzar lo que desea y esa situación de despojamiento, de pobreza, de inseguridad, de fuerza, de perseverancia, de tenacidad, es la condición propia del peregrino.

El peregrino tiene que tener la fortaleza de mantenerse firme en la inseguridad del camino, gracias a la fuerza de la esperanza, gracias a la confianza de su deseo, se siente capaz de vencer los obstáculos y de llegar solo hasta la meta de sus deseos, porque es un realista, se enfrenta con las dificultades reales, que son la distancia, el sol, la lluvia, el frío y el calor; en la Edad Media eran los ladrones, enfermedades, etc....

El peregrino tiene que ser fuerte y saber lo que es sufrir, aguantar, superar dificultades en sus carnes, con fuerza de su espíritu.

Ahora bien, una persona que se pone en camino no es inmediatamente "peregrino", lo es cuando se incorpora personalmente, espiritualmente. Con esta condición de peregrino hay muchas maneras de empezar la experiencia.

Si llevas contigo todas las comodidades, todas las relaciones, todas las dependencias del lugar de origen, si vas con todas estas comodidades, como las de tu propia casa, entonces no eres verdaderamente peregrino.

En definitiva, se es peregrino cuando se va dejando dominar, ganar, configurar cada vez más por la meta del deseo.

El peregrino a Santiago de Compostela, tiene delante de sus ojos una meta muy precisa: El Sepulcro del Apóstol. ¿Que tiene el Sepulcro de Santiago que no tengan otros?. Santiago fue amigo de Jesús, convivió con Él, escuchó su palabra, anunció la fe, dio la vida en testimonio de su fe. Llegar al Sepulcro de Santiago y abrazar al Apóstol, es casi como abrazar a Jesús, es llegar a Jesús, escuchar su palabra, compartir la fe y el amor por el Maestro de aquellos primeros discípulos.

Caminar hacia Compostela es como peregrinar hacia la iglesia de los orígenes, hacia lo más íntimo, lo más puro, lo más verdadero de la iglesia de Jesús, y a la vez entrar en comunión con la historia de la Europa cristiana.

Podríamos describir algunas cosas sobre el camino a Santiago. El primer paso del peregrino es el despojamiento: Un peregrino es un pobre sin casa, sin dinero, con una gran inseguridad.

Segundo paso: El deseo, la esperanza. El peregrino es un enamorado, un seducido, un fascinado por la estrella que le guía hacia el deseo de su corazón, y aquí radica la fuerza secreta del peregrino y la eficacia purificadora del Camino.

Tercer paso: El desarraigo de sí mismo. El caminante, el peregrino, al despojarse de todas sus relaciones, compromisos, ocupaciones, distracciones de la vida ordinaria, para encontrarse en su soledad y en su pobreza, es cuando se descubre a sí mismo, en lo que es realmente, no en su profesión, no en su imagen social, no en el personaje de la vida social, sino uno mismo en su radical pobreza, tal como aparece a los ojos de Dios.

Echarse al camino es entrar en la soledad, romper con el mundo cotidiano, algo así como encerrarse en un monasterio. El Camino del peregrino es, según mi criterio, más eficaz que los muros de un monasterio.

Los peregrinos no tenemos rangos, ni privilegios, ni categorías, solo tenemos la verdad desnuda ante nosotros mismos, sin caretas, sin adornos, sin fingimientos de ninguna clase.

Cuarto paso: El encuentro. Yo he hablado durante las etapas y en los albergues con muchos peregrinos y dicen que el Camino nos ayuda a encontrarnos con el Apóstol mucho antes de llegar a Santiago. Tenemos muchos ratos de soledad, donde el peregrino tiene que justificar ante sí mismo las asperezas de su peregrinación. Esto le ayuda a profundizar en la valoración de lo que busca y a centrarse más eficazmente en el Camino y pensando que el Sepulcro del Apóstol Santiago lo llevamos en nuestras mochilas etapa tras etapa, a lo largo del Camino también llevamos el evangelio, porque en definitiva ello es el rostro de Jesús, que se nos ha ido dibujando de una forma más atractiva, más verdadera, más influyente... todo esto es el espíritu del buen peregrino, que va leyendo cada día una página de la vida y las palabras de Jesús, como comentario de su peregrinación y como anticipo de su encuentro con el Apóstol en Compostela.

El Camino de Santiago no es una ruta turística, no debemos consentir que nos le conviertan en eso. La peregrinación a Santiago es espiritualmente religiosa, donde buscamos el reencuentro con Dios en Cristo.

“Este mundo es el Camino;
para el otro, que es morada sin pesar,
mas cumple de buen tino para andar
esta jornada sin errar.
Partimos cuando nacemos,
Andamos mientras vivimos,
Y llegamos al tiempo que perecemos
Así que cuando morimos descansamos”

Juan Belda